

# VIDA Y PENSAMIENTO

---

ISSN 2215-602X VOL. 45, No. 1, JULIO-NOVIEMBRE, AÑO 2025

---

REVISTA TEOLÓGICA DE LA UNIVERSIDAD BÍBLICA LATINOAMERICANA

## ¿PUEDEN LAS RELIGIONES PROMOVER LA DEMOCRACIA?

IVONE GEBARA\*

INVESTIGADORA INDEPENDIENTE, RECIFE, BRASIL

\* Es Doctora en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de São Paulo (São Paulo, Brasil) y Doctora en Ciencias de la Religión por la Universidad Católica de Lovaina (Lovaina, Bélgica).

Contacto: [ivonegebara@gmail.com](mailto:ivonegebara@gmail.com)

Recibido: 25 de marzo del 2025/ Aprobado: 15 de junio del 2025



# ¿Pueden las religiones promover la democracia?

IVONE GEBARA\*

Investigadora independiente, Recife, Brasil

*Este no es el mejor de los mundos posibles. No cabe duda de que podemos imaginar otros mejores. El mundo en el que estamos se rige por la ley del hambre, el contrato que hemos firmado para la vida implica violencia. Pero hay otro tipo de violencia que nos caracteriza como especie, que no se ejerce por necesidad sino por placer, por codicia o simplemente por inercia o indiferencia. ¿Qué hace falta para que nos demos cuenta de que nada es independiente? ¿Qué hace falta para que nos demos cuenta de que lo que nos une es mucho más que lo que nos sostiene como individuos?'*

**Resumen:** Este artículo reflexiona críticamente sobre la posibilidad de que las religiones promuevan la democracia en un contexto global marcado por la violencia, la desigualdad y la destrucción ambiental. A partir de una revisión profunda de los conceptos de democracia y religión, se cuestiona su vigencia, autenticidad y capacidad transformadora. La autora plantea la necesidad de superar los dualismos fijistas, las jerarquías patriarcales y las teologías esclerotizadas que impiden una convivencia ética e interdependiente. Propone, en cambio, una reapropiación

---

\* Es Doctora en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica de São Paulo (São Paulo, Brasil) y Doctora en Ciencias de la Religión por la Universidad Católica de Lovaina (Lovaina, Bélgica). Contacto: ivonegebara@gmail.com

1 Chantal Maillard, *¿Es posible un mundo sin violencia?* (Madrid: Vaso Roto, 2018), Preámbulo.

poética y encarnada de la vida, orientada al cuidado mutuo, la justicia y la dignidad. La democracia y la religión —más allá de sus instituciones— pueden entrelazarse si se convierten en expresiones de interdependencia vital y respeto por la pluralidad.

**Palabras claves:** democracia, religión, interdependencia, patriarcado, ética del cuidado.

**Abstract:** This article offers a critical reflection on the possibility that religions may promote democracy in a global context marked by violence, inequality, and environmental destruction. Drawing from an in-depth examination of the concepts of democracy and religion, the author questions their relevance, authenticity, and transformative potential. She argues for the need to overcome fixist dualisms, patriarchal hierarchies, and sclerotized theologies that hinder ethical and interdependent coexistence. Instead, she proposes a poetic and embodied reappropriation of life, oriented toward mutual care, justice, and dignity. Democracy and religion—beyond their institutional frameworks—can become intertwined if reimagined as expressions of vital interdependence and respect for pluralism.

**Keywords:** democracy, religion, interdependence, patriarchy, ethics of care.

## INTRODUCCIÓN: ALGUNAS PREGUNTAS

**E**l preámbulo de Chantal Maillard marca el tono de mi reflexión, por lo que comienzo con una pregunta que me dirijo en primer lugar a mí misma, ya que escribir para los demás significa ante todo abrir un diálogo interior conmigo misma. En el contexto de la violencia, especialmente expresada por la codicia y la indiferencia que caracterizan nuestro mundo actual, me pregunto por el significado de la palabra democracia. Es una de las muchas palabras de nuestro vocabulario cotidiano que necesita ser replanteada a la luz de las circunstancias reales y actuales de nuestras vidas.

Casi inmediatamente se me ocurre la respuesta estándar y aprendida: ¡democracia es el *gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo!* Esa sería la definición que tenemos en la punta de la lengua cerebral, quizá condicionada por muchos estereotipos y oscuridades. Pero, ¿de qué pueblo estamos hablando? ¿Quiénes serían realmente estos gobernantes y cómo gobernarían? ¿A quién incluyen y a quién excluyen de este gobierno? Es más, ¿es esta una respuesta clara al significado de la palabra democracia, una respuesta que nos daría el sentido exacto de lo que está ocurriendo en el mundo y especialmente en América Latina y el Caribe? Yo creo que no.

Hoy, nuevas formas de dominación dictatorial y colonialismo, la aniquilación de pueblos enteros, el aumento de la pobreza como forma de violencia, la destrucción de la naturaleza como fuente de vida, la eliminación de los pueblos indígenas, el racismo de diferentes colores, y la variada y violenta dominación patriarcal de las mujeres están a la orden del día en las llamadas democracias. Y todo esto está presente como si la palabra democracia no contuviera conflictos,

falsas pretensiones universalistas, innumerables diferencias y diversos crímenes contra los menos favorecidos. En resumen, estamos viviendo el sometimiento de muchos, la esclavitud de otros, la matanza de miles, la indiferencia de la mayoría como base de esta supuesta gobernanza democrática ¡La “democracia” se ha convertido en un término equivocado!

En este sentido, los hechos revelan que la palabra *democracia*, tal y como se explica etimológicamente, no se corresponde con lo que puede observarse en la vida cotidiana de muchos grupos sociales e instituciones supuestamente democráticas. Es una palabra “enferma” que ya no significa lo que pretendía significar.

En la misma línea, podría decirse que un fenómeno similar está ocurriendo en las instituciones religiosas que aparentemente son partidarias de visiones éticas y democráticas, pero siguen imponiendo sus viejos credos a los fieles y a veces los juzgan sin piedad. Tal vez estemos viviendo un camuflaje de la religión en relación con la democracia o, más exactamente, una verdadera antidemocracia disfrazada de democracia y una antirreligión disfrazada de religión.

Ante este problema, se nos invita a revisar las condiciones reales de posibilidad de una democracia según las formas tradicionales arraigadas en nuestras mentes y a revisar los contenidos de las religiones a las que nos adherimos en la creencia de que pueden promover la democracia en el horizonte del bien común.

Al afirmar que la democracia es la forma práctica que garantiza a los ciudadanos el poder de participar en las decisiones políticas de un país o de una institución con vistas a incluir a todos, se nos invita a través de nuestras respuestas a confrontar el ideal imaginado con la realidad

de los hechos. Entonces nos damos cuenta de que la garantía de participación ha sido en realidad más formal que real, más un lenguaje retórico que acciones reales. En el fondo, las definiciones que circulan en nuestra cultura están idealizadas, se convierten en un *deber ser* que nunca encontramos en nuestras relaciones cotidianas. Una vez más, la observación atenta y el análisis anclado en lo cotidiano se convierten en vías absolutamente necesarias para recuperar los valores sociales de la ciudadanía, valores que deberían marcar nuestra convivencia social cuando nos declaramos demócratas. En esta línea, las restricciones al ejercicio de elección y participación en las decisiones políticas siempre han estado limitadas a diferentes grupos por diferentes razones. Los analfabetos no podían votar, los indocumentados no votaban porque no existían legalmente, las mujeres no tenían acceso a ningún tipo de participación democrática activa en los países republicanos, los extranjeros no votaban y los ancianos no tenían que votar. En cuanto a las mujeres, por ejemplo, esta prohibición empezó a revisarse con la explosión del movimiento feminista y, en particular, a través de las sufragistas a finales del siglo XIX. Sin embargo, la representación de las mujeres en el gobierno sigue siendo bastante limitada en los distintos países. Todo ello hace que el concepto de democracia sea muy amplio, fluido e impreciso.

En cada zona, la democracia parece presentarse de forma diferente, aumentando o reduciendo las formas de participación ciudadana según criterios ideológicos, religiosos, étnicos, de género y muchos otros. ¿Existe alguna otra forma de gobierno que represente realmente la necesidad del bien común y de los diferentes pueblos? ¿Podríamos reactivar los ideales democráticos en un mundo de creciente violencia y eliminación de nuestra especie y de otras especies? No sé cómo responder a la pregunta que me hago, aunque afirmo la necesidad de encontrar algunas soluciones.

Teniendo en cuenta el tema que me propongo desarrollar a grandes rasgos, me pregunto si, por otra parte, existe una definición precisa y única de la religión. La cuestión es quizá mucho más compleja que la anterior sobre la *democracia* y nos lleva a darnos cuenta de la inconmensurable amplitud de las posibles respuestas. La palabra religión procede etimológicamente del latín *religare* e indica un vínculo, una conexión entre personas basada en creencias comunes. Los mismos límites que denunciarnos en la palabra democracia podrían denunciarse en el uso de la palabra religión. Por eso nos preguntamos también en general si las religiones pueden realmente conectar a las personas en profundidad, respetarlas, darles un sentido y, a través de ello, si pueden promover la democracia por dentro y por fuera.

Me atrevo a decir, de entrada, que las religiones institucionales no pueden ser plenamente democráticas porque, por un lado, forman parte de la corrupción presente en las relaciones humanas actuales y, por otro, se constituyen a partir de revelaciones de autoridades consideradas divinas o casi divinas, además de establecer ideas fijas sobre la obediencia de las personas a los códigos establecidos. Por ejemplo, con pocas excepciones, tienden a privilegiar un sexo sobre otro, un pueblo sobre otro, imponen comportamientos y leyes como procedentes de la voluntad de un Dios o de un profeta sabio, mostrando así los límites inherentes a las religiones o a las filosofías religiosas.

Por esta razón, es difícil hablar de democracia en el seno de las instituciones religiosas. La mayor virtud de las religiones es la obediencia, una obediencia que entra en conflicto con los modelos de vida a seguir. Por eso, los conceptos de bondad y maldad de las acciones humanas, justicia e injusticia y derechos de todos están condicionados a ciertos principios autoritarios tradicionales que

pretenden ser universales, además de estar condicionados a los límites inherentes a toda vida humana.

Estas preguntas y los intentos de responderlas en relación con la democracia y las religiones nos invitan a repensar las estructuras antropológicas de las religiones institucionalizadas y su posible contribución a los proyectos democráticos que estamos esbozando en la sociedad civil. Pero más que eso, se trata de reflexionar sobre lo que vivimos, se trata de adentrarnos en nuestra limitada condición humana, observarnos sin miedo a nuestra verdad, aprender algo sobre nosotros mismos sin la inmediatez de las respuestas prefabricadas o la repetición mecánica de viejas tradiciones.

Lo que debemos atrevernos a buscar es la frágil brisa de vida singular y plural, dependiente e interdependiente, igual y diferente, que caracteriza cada sopro de vida y nos abre al misterio cada vez mayor en el que existimos. Desde esta perspectiva, desarrollo brevemente cinco puntos en un intento de abrir un diálogo que necesariamente no puede llegar a una única conclusión.

- 1) Una antropología fijista
- 2) La esclerosis de los dualismos religiosos
- 3) La humanidad ideal y los condenados de la tierra
- 4) Una humanidad en éxtasis
- 5) Hacia la interdependencia y una posible democracia siempre en construcción.
  - Breve conclusión
  - Brevísima bibliografía

## UNA ANTROPOLOGÍA FIJISTA

¿Cómo establecemos nuestra visión o comprensión de los seres que llamamos humanos?

Cuando decimos humano, aunque no lo admitamos inmediatamente, clasificamos necesariamente a los seres humanos en muchas categorías, dando prioridad a su pertenencia a lo que llamamos humanidad. Siempre estamos a punto de poner límites, divisiones, motivaciones, barreras y clasificaciones a los humanos y a la diversidad de seres del planeta. ¿Cómo podemos abrirnos a algo más amplio que los análisis filosóficos dualistas, los análisis sociológicos mecanicistas, los datos estadísticos sobre el crecimiento o el declive de las religiones y las diferentes formas de democracia en auge o en declive?

Antes de intentar responder a estas preguntas y cuestiones, hay que tener en cuenta muchos otros puntos básicos. Hay una especie de anterioridad en estas cuestiones que al menos debe vislumbrarse. Estoy pensando en los procesos evolutivos milenarios que condujeron a lo que se ha dado en llamar el advenimiento del “homo sapiens”. Estos procesos nos recuerdan la evolución de nuestra especie y sus grandes mutaciones. Aunque no pueda ocuparme de ellos en este texto, no debemos perderlos de vista porque indican la complejidad de la historia de la evolución de nuestra especie hasta la etapa actual.<sup>2</sup> Con esta premisa en mente, propongo que reflexionemos sobre experiencias cercanas, especialmente a través de los procesos educativos plurales presentes en nuestras culturas. Nos hemos dado cuenta de que, especialmente en Occidente, hemos ido reproduciendo y modificando

---

2 Cf. Thomas Berry, *The Dream of the Earth* (San Francisco: Sierra Club Books, 1988).

modelos de relaciones humanas a lo largo de nuestra vida, como si los seres humanos fuéramos y debiéramos ser lo que actualmente somos o lo que creemos que debemos ser en este momento. En esta línea, interpretamos nuestro comportamiento oponiéndonos al pasado cercano y juzgando nuestra forma de actuar como nueva y mejor adaptada al mundo actual. Pero lo nuevo es también lo viejo modificado, que a su vez contiene otro viejo y algo de lo nuevo que le añadimos. Por eso no existe lo totalmente nuevo. Siempre hay una materia en la evolución, un punto de apoyo desde el que algo parte y cambia. Así que podemos engañarnos pensando que la nueva es realmente totalmente diferente e incluso mejor, pero en realidad no lo es. Del mismo modo, creemos que somos totalmente distintos de los demás animales, las plantas, el aire, el agua y las fuerzas del planeta, sin darnos cuenta de que somos una organización específica de todos estos elementos y que no podemos existir si falta alguno de ellos. A pesar de esta realidad, seguimos construyendo jerarquías y dualismos culturales en nuestros cuerpos y en nuestros pensamientos y acciones, creyendo que una parte es mejor que la otra, un grupo mejor que el otro, un sexo superior al otro, y que podemos eliminar un elemento y preservar el otro sin ningún daño. Llevamos milenios viviendo la versión dualista beligerante de la vida humana en todos los sentidos y especialmente en las relaciones sociales, oponiendo la riqueza de unos pocos a la pobreza de miles y creyendo que el “modelo” de ser humano vivido por los ricos y poderosos debe ser el ideal de la humanidad. Los ricos no quieren ser pobres y los pobres quieren ser ricos o al menos disfrutar de los beneficios que este mundo de bienestar, consumismo, artificialidad y confort puede ofrecer. Estas contradicciones dualistas siguen vigentes y parece que hoy se encuentran en un momento crítico destructivo que golpea primero a los más débiles. Por otra parte, en medio de una humanidad mezclada, se anuncia y se intenta una comprensión diferente de la vida. Esta nueva visión, incipiente, se va imponiendo

lentamente en diferentes grupos sociales, rescatando viejas sabidurías que fueron despreciadas por la excesiva valorización de lo que se llamó progreso. Desde esta perspectiva, alejarse de una visión antropológica fija significa alejarse de una concepción jerárquica de la vida, como si cada especie pudiera vivir y sobrevivir independientemente de las demás. Significa salir a la dimensión misteriosa de la vida que siempre se nos escapa, que nos emociona, nos conmueve con su belleza, nos plantea preguntas, nos encanta y permite que las vidas florezcan. Esta experiencia conductual y emocional nos abre a algo que yo llamo la *trascendencia inmanente de la vida*. Aunque sepamos algo de ella, siempre se nos escapa y nos invita a abrir nuestros sentidos más allá de los conceptos teóricos fijos y las interpretaciones que hemos establecido. La vida de las distintas formas de vida siempre nos sorprende y nos desafía. Y es esta sorpresa, esta novedad continua, la que se afirma como posibilidad para que salgamos de la rigidez de nuestros modelos, de doctrinas que pueden darnos seguridad, pero que no nos dan la necesaria apertura a las infinitas posibilidades de la vida y de su real florecimiento y existencia.

Sentir el mundo y hablar de otra manera de las cosas ordinarias de cada día abriría quizás la oportunidad de desear una organización diferente de nuestras relaciones. Sólo las teorías analíticas dualistas cuyo ámbito de comprensión sólo da acceso vital a minorías no pueden encantar a los desfavorecidos de la tierra y sólo excitan a los depredadores a sofisticar aún más su pensamiento y sus acciones para que menos de sus partidarios tengan acceso a la ciencia hermética que desarrollan y a los privilegios y bienestar artificial de que disfrutan.

Alejarse de una antropología fijada en los modelos de vida significa no sólo reconocer la diversidad humana, sino también aprender a admirar y acercarse a los pequeños seres vivos que llamamos animales

y plantas, a la exuberancia de sus vidas, a su organización, a la forma en que se acercan a nosotros y nos tocan, invaden o encantan.

En las grandes ciudades, ya no vemos un cielo de estrellas más allá de las pantallas de un teléfono móvil, ya no contemplamos la organización de un hormiguero, el trabajo incesante de las abejas, ya no nos tomamos el tiempo de cuidar una planta y ver la evolución de su vitalidad. Acercarse a estas “inutilidades” naturales es el principio del camino para salir del fijismo antropológico dualista. Es la afirmación de alternativas dinámicas e inspiradoras presentes en muchas vidas y, entre ellas, en la vida humana, lo que puede abrir la esperanza de una convivencia más vital e inclusiva. Aquí podemos encontrar un hilo conductor de posibles maneras de encontrar comodidad en nuestra “casa común”, de acoger a las flores del campo y a las muchas plantas, a las montañas y a los mares, a los animales grandes y pequeños como nuestros vecinos. Al aferrarnos a este hilo, podemos intentar romper con el antropocentrismo androcéntrico que destruye la diversidad y quizás acoger la sinfonía mixta de la Vida.

## LA ESCLEROSIS DE LOS DUALISMOS RELIGIOSOS

Con el fin de educarnos para agudizar nuestras percepciones y conocimientos, necesitamos cambiar nuestras lentes interiores, nuestras emociones, nuestros hábitos y admitir que la crisis actual de nuestro mundo también tiene que ver con la esclerosis de los dualismos religiosos presentes en nuestras creencias. Un cuerpo esclerosado simplemente repite los mismos hábitos, la misma interpretación de la vida, los mismos dogmas, los mismos juicios. Nos hemos acostumbrado tanto a ellos que casi han pasado a formar

parte de nuestra naturaleza, es decir, de nuestra propia manera de conocer el mundo. Sin embargo, nos estamos dando cuenta de que eso no nos da la posibilidad de comprender más la complejidad, la diversidad y la belleza que se despliega ante nuestros ojos cada día. Este límite afecta de manera especial al mundo de las religiones. Es desde esta perspectiva que hablar de la esclerosis de los dualismos religiosos es, en cierto modo, introducir una crítica a la construcción epistemológica o ético-cognitiva de las religiones, especialmente de las monoteístas actuales. De hecho, obedecen a los sistemas jerárquicos de poder político y económico vigentes, aunque creen obedecer a Dios Padre o Dios Amor, creyendo que sus sistemas son eternos y hasta cierto punto inmutables. En esta situación, disfrutan de los beneficios que esta supuesta inmutabilidad les garantiza como una certeza imaginaria que proviene de afirmar la voluntad de un creador o de alguien que lo representa. Dominan las conciencias, jerarquizan los cuerpos, incluyen y excluyen, presentándose como obedientes al supuesto Señor del mundo que les habría dado parte de su poder. Se convierten en sus ministros e invitan a sus fieles a obedecerle obedeciéndoles a ellos. No se dan cuenta de que lo que llaman inmutabilidad y Tradición son en realidad una formación esclerótica de creencias e incluso de celebraciones basadas en visiones jerarquizadas que se han ido repitiendo hasta constituirse en verdades incontestables procedentes del pensamiento y atribuidas después a una voluntad divina. Podemos hablar, pues, de esclerosis cognitiva religiosa para expresar la paralización de la vitalidad de nuestras percepciones, similar al endurecimiento que impide la actividad de un órgano de nuestro cuerpo. Estas religiones se han convertido en fuentes de distribución de favores divinos, a menudo al servicio de poderosas organizaciones económicas. Enajenan a las personas y les hacen creer que son agraciadas por fuerzas divinas a cambio de su sumisión y sus posesiones.

Intentar romper con estas religiones desviadas significa dejar que la movilidad de la vida tome el control, permitir que el pensamiento se base en el tiempo y en la situación presente, permitir que la savia de la vida cambie de dirección y exprese su vitalidad de otras maneras. Esto también se aplica al lenguaje religioso, que expresa significados que no siempre son traducibles a las experiencias actuales y cotidianas de muchas culturas y grupos.

El proceso de desesclerosar es doloroso y arduo, pero se desarrolla más fácilmente a medida que empieza a corresponder más a la lógica o savia de la Vida misma en nosotros. Desesclerosar es poder explicar la diversidad de la vida en los diferentes lenguajes de nuestro mundo de mil y una maneras, a través de los diferentes poemas y ritmos que nos componen.

Lo que en realidad aparece como expresión de la experiencia humana religiosa cotidiana es una lógica de salvación beligerante. Hay que luchar por un bando, por el bando bueno, y el bueno parece estar determinado de antemano por las jerarquías religiosas. ¿Cómo salir de estas dualidades y contradicciones nefastas? ¿O cómo expresar las aparentes dualidades Bien/Mal, Dios/Mal, inocente/pecador, salvado/condenado, cielo/infierno, esencia/existencia, vida/muerte, amor/odio, hombre/mujer, homo/hetero y tantas otras en un sistema de mezclas, de ingredientes arraigados que componen el verdadero pastel de la vida como forma de superar los dualismos? Este es el reto que se nos plantea.

Una simple observación de esta realidad mezclada que llevamos dentro podría ayudarnos a comprender mejor lo que experimentamos. No se puede captar sólo el bien o sólo el mal. Se mezclan de tal manera como en un pastel ya preparado en el que ya no se puede

distinguir la harina del azúcar, la leche de la mantequilla, etc. Somos igualmente genéticamente femeninos y masculinos, lo que permite que la vida se produzca y crezca en nosotros. Esto resulta inquietante para la institucionalización religiosa presente en nuestro mundo monoteísta, que cree en un mundo fijo ordenado por Dios. Podríamos preguntarnos si las religiones tienen fuerza para abrir espacios de comunión más allá de los límites de su institucionalidad. Comunión significa una unión común basada en comportamientos vitales que van más allá de las doctrinas establecidas, más allá de los límites que imponen las leyes religiosas canónicas. ¿Qué se podría pensar para salir de un mundo enloquecido por la violencia estructural y los excesos de leyes y privilegios que dan lugar a variaciones de delitos con múltiples formas de interpretación y jurisprudencia religiosa defensiva?

Creo que salir brevemente de la ley, de las leyes escritas que regulan las sociedades religiosas patriarcales, nos hace darnos cuenta de hasta qué punto se han convertido a veces en nuestra segunda piel y en nuestra cultura moral. Entonces tenemos que aceptar la Babel del mundo en que vivimos y la Babel que somos como individuos.

Hoy sentimos en el cuerpo que, a pesar de estar en el mundo de la comunicación, no nos entendemos. Luchamos unos contra otros pensando siempre que la fórmula de la guerra contra el otro traerá la paz. ¡Ilusión! ¡Pura ilusión! La guerra mayor, el conflicto que nos habita, también está privilegiadamente dentro de nosotros.

Reconocer nuestra constitución vital guerrera podría ayudarnos a dar pasos hacia la comprensión mutua y una convivencia social menos conflictiva. Este reconocimiento podría llevarnos a aceptar las diferencias para volver a acuerdos sobre las necesidades básicas de los seres vivos en la incesante búsqueda de estar vivos. Para

ello, necesitamos deseducarnos de querer que los demás sientan, vivan, se emocionen y anhelan lo que yo anhelo o lo que yo anhelo individualmente. Esto significa acoger las diferencias como expresiones de la vitalidad de la vida.

Educarnos para sentir de otra manera colectivamente, aunque sea a partir de intereses vitales colectivos, es una vía que hay que construir y recorrer. Alejarse de la comercialización de modelos perfectos según la Biblia o según tal o cual pensador o gurú. Significaría invitarnos a una especie de elogio de la imperfección, a vivir la interdependencia creativa, la necesidad que tenemos los unos de los otros, acogiendo múltiples formas de vivir sencillamente con dignidad. Es en la lucha plural por la vida donde reside la razón de que estemos vivos. Por eso se trata de buscar primero estar vivos con dignidad, como si esa fuera la ley mayor inscrita en nuestros cuerpos. Es de esa ley mayor de donde debe nacer algo que nos toca a todos: estar vivos porque esa es nuestra primera razón de existir, esa es nuestra primera meta provisional, de ahí nace la poesía amorosa, la escucha rítmica, la belleza de los sonidos que se armonizan mágicamente. De ahí nace también la capacidad de admirar la belleza de las estrellas y de los campos de trigo, el trabajo de las abejas y la dulzura de su miel. Nuestra “casa común” es multicolor, plural, con llanuras y mesetas, agua dulce y salada, leones y corderos, prados verdes y paja seca.

¿Quién nos ayudará a volver a nuestro hogar o a rescatar nuestro soñado “paraíso” terrenal, que siempre se busca una y otra vez? O simplemente, ¿cómo podemos redescubrir el placer del paraíso de la simplicidad de todos los procesos llamados vida? ¿Cómo podemos encontrar formas de respetar la vida cuando tenemos la impresión de que las fuerzas de la destrucción tienen más poder y acción?

En este proceso lleno de tantas preguntas, hay que imaginar que todos los gurús han muerto, que los profetas han desaparecido en sus cuevas, que sus escritos se han vuelto ilegibles. Los dioses están de vacaciones con el Dios todopoderoso de barba blanca. Estamos solos en los muchos bosques del mundo actual y depende de nosotros y sólo de nosotros volver a aprender de los bosques, los animales, los insectos, las estrellas y la luna las formas de vivir juntos respetuosamente. Tal vez lo que estoy escribiendo sea sólo poesía, pero de ella puede nacer algo nuevo frente a los escombros que nuestra codicia ha producido en muchos lugares del planeta y especialmente en nuestras entrañas.

Es en esta línea de búsqueda en la que pienso que la palabra tradicional religión está ya marcada por la pérdida de su significado primordial, religare, la conexión de todas las cosas. Se ha jerarquizado, masculinizado, elitista, y se ha convertido en una metafísica prefijada más allá de los seres ordinarios. Por eso quizá debería entrar en el diccionario de las palabras pasadas de moda, en el diccionario de las palabras que deberían olvidarse durante mucho tiempo. Habría que inventar otra u otras... O tal vez nuevas palabras nacidas de nuestras entrañas para indicar la importancia de las vidas, de la Vida. Para aprender una especie de danza común que nos enseñe a todos cómo debemos aprender a dar pasos sencillos sólo para cuidar de las muchas vidas. Y, en este nuevo y precario 'diccionario' de tantas cosas por escribir cada día, no entrarían las muchas recetas religiosas que dicen evitar el dolor y se dedican a vender sus productos y soluciones.

Y es que el dolor, el sufrimiento y las lágrimas no se pueden evitar ni borrar. Es una condición para mantener la vida. Es la vida en forma de dolor. Pero la alegría y la belleza no desaparecen si hay dolor. Hay que desarrollar la ternura, la cercanía convivencial con el dolor para

rescatar de él las condiciones de la transformación. Todo despacio si es necesario, pero también todo más deprisa si es necesario.

Tal vez se trate de un discurso “demente”, que elogia la locura humana para empezar una y otra vez a descubrir el soplo de vida en las hormigas y en el niño que acaba de nacer. O hablar de la anciana olvidada que exhaló su último suspiro, o de la flor que brotó entre las piedras del camino y mostró su sencilla belleza, aunque pocos la contemplaron. O mirar la piedra en la que tropezó y cayó un borracho y de repente decenas de personas acudieron en su ayuda para levantar al caído hasta la avenida.

Observar atentamente la vida plural: ése es el reto, ése es el camino, ésa es la verdad banal, ésa es la aceptación de la hermosa y eterna precariedad de la vida. Es quizás aquí donde comienza de nuevo la religión, la reconexión entre todo, una reconexión que siempre ha comenzado en las entrañas misericordiosas que se conectan, se reconectan, se acercan y se levantan juntas en la renovada resurrección de la vida.

## LA HUMANIDAD IDEAL Y LOS CONDENADOS DE LA TIERRA

Las ideologías políticas y religiosas han idealizado y limitado los proyectos de construcción de la sociedad humana y de los individuos. Se habla de una sociedad sin clases, de un paraíso terrenal, de una tierra sin mal, de una democracia perfecta, de un cielo al que se llega después de la muerte, como metas y direcciones hacia las que se quiere llegar. Sin embargo, nunca hemos llegado, pero seguimos

estableciendo modelos idealizados de llegada. Por eso, construir una humanidad ideal a través del pensamiento capitalista jerárquico y de las religiones es una audacia y un absurdo sin límites. La humanidad ideal no existe, es una ilusión nacida de nuestra fértil imaginación. Hoy renegamos de nuestro deseo de ella. Ya no queremos que el pastel capitalista crezca y luego se reparta, ni queremos la felicidad eterna propuesta en los cielos de la religión.

¿Cuál es el bienestar de todos? ¿Cuál es la humanidad ideal? ¿Quién tiene realmente acceso a este modelo soñado? Sólo aquellos que disfrutan de los beneficios de poder explorar la tierra e incluso viajar a otros planetas, y se consideran verdaderamente hombres y mujeres con derechos. ¿Son ellos los máximos representantes de la humanidad ideal?

Los condenados de la tierra crecen día a día para dar fe de su demencia y del nuevo mundo descubierto para disfrute de las minorías. Son utilizados como mano de obra para las grandes empresas del mundo sin saber lo que construyen a cambio de salarios que les permiten vivir precariamente o simplemente sobrevivir. Se trabaja sin saber qué se produce y para quién. Anonimato sobre los objetivos del trabajo e incluso prohibición de conocer su finalidad. Producimos tornillos, sólo tornillos pequeños, medianos y grandes. ¿Dónde se utilizarán? ¿Para qué pieza o máquina, o fusil, ametralladora, carro de combate o misil serán necesarios? A todo esto, se le ha llamado progreso, pero progreso para algunos a costa de la mayoría, guerra contra los inocentes y destrucción del planeta.

En esta construcción del pensamiento exploratorio e innovador, un modelo religioso podría ser sin duda inspirador. Las religiones siempre han indicado formas de superar las limitaciones humanas creando fórmulas para actuar contra males reconocidos o creando

lugares perfectos para la otra vida, lugares donde se superarían las contradicciones de la vida y el espíritu, liberado del cuerpo y de sus necesidades, podría por fin disfrutar de la felicidad eterna. Esto ya no nos atrae, ni sostiene nuestras penas mundanas. Así que sólo tenemos que aceptar ser o fabricar tornillos, mano de obra barata, siervos inútiles que no necesitan saber el uso de lo que producen. Basta con producir lo que se nos dice para tener derecho al escaso pan de cada día y estar condenados a la esclavitud perpetua en la Tierra. La fuerza de la vida presente en nuestra rebelión ha abierto nuevos caminos y pensamientos.

Hoy hemos perdido la ingenuidad y la lógica del disfrute que proponen las religiones. Ya no justifica nuestro silencio y sufrimiento. No somos almas separadas de nuestros cuerpos. Nuestro aliento de vida es corpóreo y es nuestro cuerpo el que cree, el que desea, el que espera la redención de su propio cuerpo en el aquí y ahora. Nuestro cuerpo es tierra, nuestro espíritu es tierra, nuestro sueño es tierra, nuestro amor es tierra. ¡Cuerpo tierra! ¡Cuerpo tierra!

Las ilusiones celestiales teológicas se nos aparecen como cuentos de hadas y ya no son capaces de hacer nacer las vibraciones del amor y las luchas cotidianas por la justicia. Por eso, las religiones deben convertirse a la Tierra, volver al suelo del que nacieron, volver a la salida y puesta del sol, a la exuberancia de la vida vegetal y animal, volver a nuestra casa común.

La finitud de la vida se convierte en una oportunidad para buscar caminos de coherencia en la línea de la justicia y del derecho a una vida digna. No podemos renunciar a la finitud. Es donde estamos. Es donde existimos. Es donde nos transformamos. Es donde acogemos la belleza renovada de las flores y los amaneceres plurales. Es en ella

donde experimentamos la atracción de los cuerpos, las respiraciones suaves o jadeantes que la sostienen. Es en ella donde somos lo que somos. Es en ella donde alguien nos da agua, comparte su pan y su pescado, cura nuestra ceguera y parálisis. Es en ella donde la tradición de ternura y cuidado mutuo se hace carne en nosotros. Somos vida, estamos en la vida, hasta que la muerte nos separa y nos devuelve a la tierra llena de vida.

## UNA HUMANIDAD EN ÉXTASIS

Alejarnos de una concepción fija del ser humano presente en los monoteísmos y en las teorías dualistas que hemos establecido a lo largo de los siglos nos abre a lo que nos acerca al éxtasis como sorpresa renovada y disfrute de la vida. La palabra éxtasis rara vez se utiliza en los círculos populares, aunque de distintas maneras se experimenta como expresión religiosa. Podría ser sinónimo de la palabra entusiasmo o vibración o incluso inmensa alegría, palabras más accesibles a los menos letrados.

El éxtasis es una sensación envolvente, mixta, corpórea, que incluye el saber y el no saber, la alegría y la tristeza. No significa necesariamente un estado de conciencia racional ampliada, pero sí indica un intento de superar los conceptos opuestos y dualistas que organizan el mundo jerárquico patriarcal. Estos no logran expresar la grandeza de las formas, emociones y experiencias de la vida y la grandeza de su fuerza transformadora, organizadora y emotiva en la diversidad de los seres. Del mismo modo, debemos abrirnos a un acento de tristeza para observar y experimentar en éxtasis las formas de destrucción de las que somos capaces. Estos éxtasis negativos nos hunden y nos quitan

las energías vitales. Niños muertos en la guerra. Madres que lloran y gritan como si nadie pudiera comprender su dolor ni oír su voz. También somos artesanos de la muerte, de la destrucción desenfrenada para favorecer nuestros impulsos creativos/destructivos al servicio de nuestros intereses. El terror nos invade cuando nos damos cuenta de nuestros propios actos, de nuestros odios, de nuestros rencores, de nuestras pasiones por la posesión, el poder y la valía. La trascendencia del mal nos golpea. Contenemos la respiración y el éxtasis negativo ante el horror de la destrucción, pequeña y grande, que hemos sido y somos capaces de producir nos sobrecoge. El velo de desolación tejido por nuestras propias manos nos envuelve como algo más allá de nuestra propia comprensión. Nos enfrentamos a la trascendencia del mal que nos sobreviene, nos enfrentamos a la infinita finitud del mal que hemos cometido o del que somos víctimas.

Éxtasis como algo que las palabras no pueden encapsular en un solo sentido porque las palabras son muy limitadas, aunque creamos que pueden expresar algo de la realidad e incluso de la verdad que experimentamos. Éxtasis como algo que va más allá de las palabras, como algo que va más allá de lo que se puede ver, como un valor o una experiencia indecible de horror que estalla en nosotros cuando aprehendemos algo de la complejidad de la vida. Aprehendemos momentáneamente algo que supera lo que puede verse a simple vista y también algo que nuestros limitados sentidos pueden aprehender. Un éxtasis diversificado, un éxtasis que debe movernos entonces a cultivar y preservar la diversidad de la vida. Éxtasis que nos lleva a afirmar el *sólo sé que no sé nada* de muchos sabios o a reconocer lo poco que sabemos de nosotros mismos.

Contemplar los lirios del campo, el vuelo de un pájaro, una colmena, un hormiguero, una rima poética, el color multiforme del mar, el

bosque quemado, las casas destruidas de los indígenas, los niños muertos de hambre por las guerras, la destrucción extendida por el campo... El éxtasis del bien y del mal que se mezcla en los momentos de la vida y nos invita a acogerla y a respetar su Gran Misterio.

Introducir todo esto como un proceso educativo múltiple para que volvamos a realizarnos como humanos interdependientes, para que sepamos cuál es el derecho de todas las personas a la vida, cuál es el derecho de los bosques, los ríos, las montañas y los animales. Para poder volver a educar a nuestros niños y jóvenes en algo más que imágenes preconstruidas y juegos constructivistas ilusorios, aunque estén en su fase lúdica. Esta perspectiva de la sabiduría no se limita a los edificios de hormigón y piedra, no construye máquinas de inteligencia artificial, no construye misiles de largo alcance, sino que sólo toca como una suave brisa la tierna vida que se esconde en todas las cosas y que tenemos que aprender a reconocer una y otra vez para acentuar y revelar la frágil belleza del mundo.

Juddi Krishnamurti, el gran filósofo indio, en sus numerosas obras y conferencias habla del yo, del *mi*, de lo que creemos saber y nos invita a disciplinar las fantasías de poder del yo, las creaciones supuestamente objetivas del pensamiento para superar frustraciones, miedos, identificaciones fáciles de comportamientos y sentimientos.<sup>3</sup> Es un esfuerzo continuo por conocernos a nosotros mismos, un proceso educativo que comienza desde la infancia y continúa a lo largo de toda la vida para prevenirnos de las muchas ilusiones que nos atraen y atrapan, así como de la progresión de las muchas formas de violencia que nos caracterizan.

---

3 Cf. *Freedom from the Known* (London: George Allen & Unwin Publishers, 1954).

La mayoría de los niños de hoy tienen poco interés en cuidar un jarrón de flores o incluso un animal pequeño. Están capturados por una pantalla, hablan con ella e incluso entre amigos utilizan continuamente su mediación. ¿Qué pierden y qué ganan?

No se trata de estar en contra del progreso tecnológico, sino de sus excesos que nos roban humanidad, que ahogan la poesía de nuestras vidas y el simple hecho de estar ahí hablando con los amigos. Estas tecnologías nos roban a menudo nuestras iniciativas creativas, controlan nuestra responsabilidad compartida de aprender, y nos contentamos con almacenar únicamente la información que nos ofrece el teléfono móvil o la pantalla del ordenador.

La palabra éxtasis puede resultar sorprendente. En esta reflexión no incluyo experiencias de trance, de emociones agudas que conducen a trastornos psíquicos, sino sólo una especie de atención más completa, de observación de realidades humanas ocultas por las tecnologías actuales o las teorías sociológicas analíticas.

Llamo la atención sobre lo ordinario de la vida, sobre la necesidad de encuentros cara a cara, sobre los sentimientos que surgen de las interacciones con las pequeñas cosas de la vida cotidiana, como si pudieran darnos algo que realmente necesitamos y que hemos olvidado dentro de una ciencia tecnicista. Para algunos, todo esto puede parecer un poco limitado o demasiado superficial frente a las grandes teorías explicativas del nuevo colonialismo, la expansión del capitalismo, la lucha de clases, la psicología analítica, la informática, las teologías libertarias y sus fundamentos históricos y bíblicos. Sí, se trata del éxtasis que se cuele en la vida cotidiana, de la atención que se presta al hombre que recoge latas en los vertederos de las grandes ciudades, al niño de la calle que vende chicles, a las mujeres

que cocinan en la calle, a los miedos que sienten, al hambre que les invade, a sus emociones y, sobre todo, a sus temores ante un mundo que les es hostil. Esta situación nos invita a descubrir e intentar expresar las raíces de nuestros miedos similares y diferentes, miedo a nuestra especie, a la destrucción de la que es capaz, a las mentiras que aparentan ser verdad, a la soledad que produce, a los dioses engañosos que nos atropellan en la vida cotidiana. Éxtasis ante la multiplicidad de sentimientos, ante la lluvia de razones, de las sin razones, de lo divino y lo odioso sucediendo casi simultáneamente en la misma carne.

Ya nos lo dijo la poesía: *no hay caminos para caminantes...* Se hace camino al andar. Se hace camino dándose la mano, llevando las cargas de los demás, compartiendo el pan, curando heridas, denunciando a los falsos líderes y a los falsos héroes. Este parece ser el nuevo lugar de nacimiento de las religiones, el lugar del *re-ligare* que las constituye, el *re-ligare* unos con otros y con los demás que nos sostiene en nuestra vida cotidiana.

## POR LOS CAMINOS DE LA INTERDEPENDENCIA Y DE UNA POSIBLE DEMOCRACIA SIEMPRE EN CONSTRUCCIÓN

¿Democracia en construcción? Tantos siglos imaginando que ya estaba construida, que era la práctica de muchas naciones e instituciones... ¡Un error, quizás! Aunque sea vieja, la democracia sigue siendo un niño que apenas sabe balbucear su nombre. Apenas sabe explicar su contenido, apenas sabe defenderse de quienes preferirían verla muerta o muy debilitada. ¿Por qué?

Nos hemos acostumbrado a percibir el mundo de forma jerárquica, dividiendo y distinguiendo especies, grupos, sexos, personas, pueblos, ríos, mares, bosques y climas, como si unos fueran independientes de los otros y tuvieran que estar unidos por intereses geográficos y económicos que hoy se consideran los más importantes.

Estamos muy lejos de los antiguos códigos éticos que hacían de la exigencia de cercanía y ayuda un mandamiento divino. La cercanía fraternal y sororal era para poder superar de alguna manera las diferentes barreras que nos separan a unos de otros. El llamado *mandato divino* presente en nuestra conciencia como obligación ética de respetar la vida, nos obligaba a adoptar actitudes como la del “buen samaritano” del Evangelio. Un hombre tendido en el camino, víctima de ladrones. Autoridades religiosas y comerciantes que pasan de largo y no le miran, no le ven o fingen no ver su deplorable estado. Un desconocido, un samaritano, lo ve, lo acoge y ayuda a curar sus heridas. Su gesto se convirtió en un ejemplo para el mundo, ¡un ejemplo de reconexión!

En la misma línea, podemos hablar de la conciencia ética presente en nosotros como una forma de iluminación interior que se ha convertido en parte doctrinal de muchas religiones y sabidurías. Se habla de acoger al pobre, al huérfano, a la viuda, a los abandonados a su suerte y ayudarles a reanudar su vida con dignidad. Este tipo de comportamiento salvífico se opone a la multiplicidad de violencias producidas por la mayoría de los seres humanos que ignoran el dolor de los demás.

¿Quién era el caído? ¿Un marginado, un extranjero, una víctima de los ladrones? O simplemente cualquier herido ayudado por un extranjero... ¿Fue ésta una intuición democrática temprana? ¿O

simplemente una sensibilidad ante el dolor ajeno? No podemos dar una respuesta precisa. Sólo podemos constatar que la hostilidad y el disimulo nos caracterizan, que protegernos del otro atraviesa todos los pueblos y todas las historias. De repente, la ola de odio hacia el otro se acumula y sólo nos sentimos aliviados cuando lo eliminamos dando rienda suelta a los sentimientos destructivos que forman parte de nuestro ser. Somos lobos y corderos los unos para los otros con el fin de garantizar nuestra supervivencia individual y de grupo de clase. Y creemos que destruyendo al que llamamos enemigo, estamos a salvo del mal que pretendía afectarnos. ¡Pura ilusión! Los enemigos externos no mueren, sino que renacen siempre porque son producidos por nuestra interioridad, porque nacen de nuestros corazones de piedra insensibles a los muchos dolores del mundo causados por nosotros, nacen de los excesos del consumismo individualista. Matamos a uno, pero nacen otros enemigos como si fuera un proceso sin fin en el campo fértil de nuestro ser.

Sabemos que muchos grupos de todo el mundo, conscientes de sus propios límites y de los nuestros, intentan encontrar y experimentar formas de vida alternativas. Buscan inspiración en el tribalismo, las pequeñas comunidades cristianas, los monasterios budistas, las comunidades de candomblé de y otras formas de vida religiosa desde las que equilibrar la bondad y la maldad que nos habitan juntos. Tratan de afirmar sus opciones religiosas practicando la ayuda mutua y tendiendo una mano a los muchos que han caído en los caminos de la vida.

Desde esta perspectiva ética, *las religiones*, a través de sus expresiones plurales, podrían contribuir a la formación de comportamientos salvíficos y crear así las condiciones para la eficacia de las políticas de las democracias, para su revisión y evaluación ante los problemas del presente. La formación de un corazón para la misericordia, el

derecho y la justicia lleva al descubrimiento del otro como mi prójimo o casi *mi otro yo*. Surge entonces la necesidad de la ayuda mutua, de compartir los bienes *para que no haya necesitados*. Esta acogida activa podría denominarse ética universal, ya que de diferentes maneras se encuentra siempre en las tradiciones religiosas y éticas que se extienden por el mundo. Es lo que sostiene de manera especial lo que llamamos democracia, el gobierno del pueblo para el pueblo, la ayuda mutua a los necesitados.

Por eso, una democracia sólo se hace posible o sólo se sostiene viviendo la ayuda mutua en todos los sentidos, es decir, la conciencia ética de la interdependencia. Vivir la interdependencia significa recordar en cada momento que yo soy el otro e igualmente la Tierra, todos sus habitantes y todos los elementos que la componen. Por tanto, sus elementos forman parte de mi cuerpo y mi cuerpo forma parte de sus elementos. No puedo decir a mi mano *no te necesito*, no puedo decir al aire y al agua *no te necesito*, no puedo decir al estiércol *no sirves para nada*. La conciencia de nuestra interdependencia vital es el elemento fundamental para la realización de la democracia.

Sin embargo, parece que, a lo largo de los siglos, incluidos los llamados tiempos democráticos, hemos subvertido esta integralidad de la comunidad de vida en su relacionalidad esencial. Por nuestras pasiones destruimos bosques para criar ganado, introducimos insumos químicos que desobedecen los ritmos de los diferentes suelos, envenenamos las aguas, arrojamos basuras al mar, producimos residuos atómicos y tóxicos y los esparcimos por las periferias del mundo. Jerarquizamos los colores y las culturas, jerarquizamos las orientaciones sexuales que difieren de la dualidad establecida. Todo en nombre de una gobernanza seudodemocrático y de una metafísica fija y purista que pretende gobernar los cuerpos y las creencias.

Hoy, los habitantes de vastas zonas han perdido los derechos sobre el lugar donde vivían, los animales son exterminados, el bioma original es destruido. No han faltado bendiciones ni celebraciones como consecuencia de la destrucción que, por desgracia, sigue su curso en la vida cotidiana de muchas partes del planeta. ¡Esta es la guerra en la que vivimos! Una guerra antidemocrática que parece no tener tregua ni fin. Es a partir de esta tristeza y desolación crecientes que aún nos atrevemos a hablar de democracia, una democracia interdependiente, inclusiva de todas las especies del planeta, una democracia siempre en construcción, siempre ajustada a las nuevas exigencias de la vida en el planeta. ¿Sigue siendo posible? Este es el reto al que nos enfrentamos.

En la misma línea, nos preguntamos si las religiones con una estructura fundacional patriarcal pueden aún sobrevivir y seguir hablando de un Dios todopoderoso, Señor de la Tierra y del Cielo que ama y protege a todos por igual. Tal vez sea necesaria una revolución renovada, una revolución cognitiva, afectiva, histórica, religiosa y continuamente educativa en la que no sólo podamos reconocernos y conocernos como conciencia corpórea en la aventura de la evolución, sino aprender a doblar la rodilla ante la magnitud de la vida en la que participamos. Y si este es el caso, la consigna es *el Cuidado*, el cuidado del planeta y de todos los seres que son nuestra imagen y semejanza, la imagen y semejanza del Misterio Mayor del que y en el que momentáneamente emergemos y somos.

La palabra Dios, viciada por el uso de los poderosos de este mundo, quizá caiga en desuso o cambie su significado limitado. Dios ya no será el “todopoderoso de los cielos”, el doble de los poderosos de la tierra. Será en realidad plural, como las gotas de rocío de la mañana, como la lluvia sobre tierra seca, como los pájaros que nos despiertan con su canto, como la comida ofrecida con placer, como una canción

de cuna, como un recién nacido, como la anciana moribunda, como un abrazo esperado. Dios será nuestra lucha por el bien común, el amor a los que nos rodean, el cuidado de los enfermos, la reforma agraria, el pan que no falta, la música, el canto y la danza que mueven nuestros cuerpos. *Dios con nosotros* será la vida digna en nosotros. Es en la poesía enraizada en la vida donde encontramos el aliento que hace nuevas y bellas todas las cosas y nos hace alabar y esperar.

## UNA BREVE CONCLUSIÓN

*Este no es el mejor de los mundos posibles*, pero es actualmente en este mundo en el que tenemos que buscar la manera de construir relaciones respetuosas entre las personas que viven en el mismo planeta. Optimistas y pesimistas de las más variadas tendencias tienen que hacer concesiones y tratar de entenderse en relación con la democracia y las religiones para evitar grandes catástrofes mundiales.

No hay religión pura, ni democracia pura, ni humanidad pura. Todo vive y convive en la misma mezcla de vida y todo se comprende en la mezcla de vidas, sus condicionamientos, deseos y formas de relacionarse.

La búsqueda de la pureza es una afirmación idealizada de nuestras posibilidades cognitivas. Es una limitación o una frontera imaginaria. Ni las religiones ni las ciencias políticas y sociales tienen la última palabra sobre las formas humanas de vivir, conocer y construir sentido. Por eso los dioses o Dios ya no tienen palabras sagradas inmutables. Ninguno de ellos podrá establecer la armonía ni la felicidad en las relaciones humanas entre sí y con las inmensas fuerzas del planeta.

Desde esta perspectiva, el vasto campo de las religiones no puede guardar en su seno los significados de la vida como si estuvieran dados de antemano y bastara con convertirse a uno u otro credo religioso para saborear algo del sentido pleno u oculto de nuestras vidas, como un secreto del Dios monoteísta o de los dioses de la naturaleza. Todos los sentidos se tocan de alguna manera, ya sea afirmando o negando. Todos los sentidos son precarios y limitados.

La democracia, a su vez, da a las religiones un sentido de bienestar colectivo más allá de los pequeños límites sectarios de las instituciones religiosas. Y las religiones aportan a la construcción de las democracias algo del misterio humano que se revela continuamente en la historia de cada día a través de la lucha por una vida digna, a través de la experiencia de la fragilidad y la dependencia mutua en la aventura de mantener viva la vida. Ambas podrían estar dispuestas a ayudarse mutuamente y ambas podrían considerar la dimensión sagrada de la naturaleza y de todos los seres como una expresión interdependiente, relacional, exuberante y única de la vida en el planeta.

En esta línea, la religión y la democracia son más que instituciones especiales, son aspectos de nuestra vida común, necesarios para el mantenimiento de la vida siempre que ambas se sitúen en una interacción inclusiva y al mismo tiempo respetuosa de todos los seres y sus campos de acción.

La diversidad de explicaciones míticas y la dirección ética de cada pequeño satélite religioso expresan la grandeza del universo de significados posibles que damos a nuestras vidas. Sin embargo, los significados no son estáticos, sino que tienen que formar parte de la dinámica de la vida y del bien común. Por eso estamos siempre invitados a mirar, a observar, a compartir significados y acciones de lo

que es esencial para buscar y mantener la dignidad de todas las vidas en la vida del universo.

La democracia incluye a las religiones como expresiones de la diversidad de creencias humanas, permitiendo el respeto entre ellas en la diferencia que las marca y constituye. Del mismo modo, las religiones, institucionalizadas o mínimamente comunitarias, están invitadas a ir más allá de sus preceptos y a enfrentarse al pluralismo del mundo sin querer reducirlo a sus preceptos y doctrinas. En esta línea, podemos hablar de democracia laica cuando un Estado trata de evitar las injerencias privilegiadas de uno u otro credo religioso y no favorece a una u otra religión, aunque sea la más común entre los gobernantes.

Tanto las religiones como las democracias son construcciones de la mente humana que busca aprender a convivir dentro de los límites de este planeta y de este Universo extático al que pertenecemos. No hay por qué minimizar las dificultades que surgen, sobre todo, de nuestras creencias religiosas seculares subjetivas que satisfacen nuestras necesidades de seguridad y protección. A partir de ahí, los discursos científicos y políticos no parecen capaces de atender nuestras necesidades inmediatas, el apoyo que necesitamos cuando nos abandonan, el milagro cuando la vida se ve amenazada. En esos momentos, las verdades religiosas subjetivistas y a menudo mágicas parecen resultar más eficaces que las luchas políticas en favor de la salud, la vivienda, la escuela, el trabajo remunerado y la preservación de la naturaleza. Si Dios o los santos o poderosas entidades protectoras hicieran el trabajo que debería correspondernos, sólo tendríamos que someternos a ellos y seguir con nuestra vida. Sin embargo, una simple observación de nuestras vidas no confirma estas supuestas posibilidades. En este sentido, la proliferación capitalista de empresas

de milagros religiosos ha desempeñado un papel fundamentalmente antidemocrático, aunque presten un servicio consolador a muchos que buscan esa ayuda.

*Nada es independiente, ¡todo es interdependiente!* Tenemos que seguir esta condición de vida para ganar algo en la construcción de relaciones democráticas. Sin embargo, aún no estamos convencidos de ello y cada uno buscamos nuestro lugar al sol o nuestro lugar en las calles y avenidas de las grandes ciudades donde una manta sirve de cobijo y un trozo de pan duro intenta aplacar el hambre que hace doler el cuerpo. Este parece ser el orden desordenado de las complejas cuestiones que la Vida en el Planeta nos ofrece en la actualidad. Y este Planeta vivo sigue siendo nuestra vida, nuestro cuerpo, nuestra “casa común” mientras intentamos comprender una y otra vez, como Chantal Maillard, *que lo que conocemos es mucho más de lo que nos sostiene como individuos.*<sup>4</sup>

---

4 Cf. *¿Es posible un mundo sin violencia?*

## BIBLIOGRAFÍA

- Benhabib, Seyla. *Las reivindicaciones de la cultura: Igualdad y diversidad en la era global*. Traducido por Alejandra Vassallo. Buenos Aires: Katz Editores, 2006.
- Berry, Thomas. *The Dream of the Earth*. San Francisco: Sierra Club Books, 1988.
- Butler, Judith. *Relatar a si mesmo: Crítica da violência ética*. Belo Horizonte: Autêntica, 2015.
- Carvalho de Moraes, Celia. “A Experiência do Êxtase: Categorizando os Processos Envolvidos na Ampliação da Consciência”. *Estudos de Psicologia (Campinas)* 19, núm. 1 (abril de 2002): 60–77. <https://doi.org/10.1590/s0103-166x2002000100006>.
- Gebara, Ivone. *Ensayo de Antropología filosófica. El arte de mezclar conceptos y plantar desconceptos*. Estella, España: Verbo Divino, 2020.
- Gebara, Ivone, y David Molineaux. *Longing for Running Water: Ecofeminism and Liberation*. Minneapolis: Fortress Press, 1999.
- Gilkey, Langdon. *Nature, Reality, and the Sacred: The Nexus of Science and Religion*. Minneapolis: Fortress Press, 1993.
- Krishnamurti, Jiddu. *Freedom from the Known*. London: George Allen & Unwin Publishers, 1954.
- Lewis, Ioan M. *Êxtase religioso*. São Paulo: Perspectiva, 1971.
- Maillard, Chantal. *¿Es posible un mundo sin violencia?* Madrid: Vaso Roto, 2018.
- Mills, Charles W. *O contrato racial*. Rio de Janeiro: Zahar, 2023.
- Silva, Nelson Lehmann da. *A Religião Civil do Estado Moderno*. Campinas, São Paulo: Vide, 2016.
- Sontag, Susan. *Diante da dor dos outros*. São Paulo: Companhia das Letras, 2003.

